

Francisco Carmona Fernández

EL SÍNDROME DE CABIZBASKY

CAPITULO I

Cuando yo nací mis padres me pusieron por nombre Cabizbasky en honor a mi abuelo, un gran pensador e inventor de juguetes.

Dicen que los nombres influyen en el destino de las personas, para mi fue determinante el hecho de que ya hubieran elegido el nombre incluso antes de haberme concebido, influyó en la natural selección genética para mi aparición en la escena natal.

Siendo yo un bebé me tenían que tumbar en la cama o en la cuna de un lado siempre, porque tumbarme boca arriba era como jugar con un balancín, a consecuencia de mi natural curvatura de cuello que me hacía mantener la cabeza inclinada hacia dentro con la barbilla prácticamente pegada al cuerpo, a riesgo de que terminara la piel uniéndose formando así una sola masa.

No eran pocos los problemas que desde mi niñez creaba a mis padres por ese particular, ellos siempre preocupados por lo que en consecuencia pudiera generar mi natural inclinación de cabeza.

Que si consultas a los mejores especialistas del país en hueso, piel y cerebro, pruebas miles y tratamientos sin fin, algunos de los más rocambolescos, para corregir ese "problema", pero el niño, o sea yo, gozaba de una robusta salud generalizada y según me han soplado a posteriori, hasta brujería, y todo por una cuestión de estética, manda güevos.

En ninguna de las pruebas se detectò ningun tipo de malformación o defecto que pudiera revestir una complicación o problema físico en un futuro.

Simplemente yo era cabizbajo, como mi propio nombre indica algo muy común en un sector de la raza humana, que por lo general sin consideración social alguna lleva a malas interpretaciones y no gusta mucho que digamos, por eso de... (es antiestético). Pero es una condición y por qué no, un derecho.

Aún siendo un bebé los familiares y amigos de mis padres se "quejaban" de que para verme la cara tenían que auparme por encima de sus cabezas pues yo no levantaba la mia, ¡va! para lo que había que ver. Vaya singular tontería, digo yo, pues a todos los bebés los aupan sean o no cabizbajos. El caso es quejarse y total, porque uno es diferente a ellos.

Cuando empecé a andar según cuentan, yo era el único niño que nunca se caía, pues siempre estaba pendiente al suelo y así era imposible tropezar. A parte, ya a tan corta edad descubrí la mina de objetos y tesoros que suponía ese mundo que se extendía bajo mis pies y que por lo general pasaba desapercibido al resto de los viandantes.

En el colegio siempre fui aplicado en los estudios. Eran pocas las cosas que me interesaban de mi alrededor, a parte de que me resultaba incómodo otear enderedor para buscar lo que los demás, con el cosecuente malestar de cuello y cabeza que me suponía intentar ser como ellos.

En el recreo primero y luego con las actividades extraescolares con los compañeros, siempre me porcuraba actividades acordes a mis características físicas, o debería decir limitaciones que por lo general se limitaban a juegos o actividades sobre mesa y poco movidas, no porque no me gustaran, sino por el rechazo o falta de comprensión entre mis compañeros.

Recuerdo que cuando jugaba al fútbol, que por cierto no lo hacía nada mal, el entrenador siempre me gritaba que había que levantar la cabeza para dar los pases. Lo cierto es que aún sin levantarla mis pases eran de lo mas certeros pero claro yo no seguía el proceso establecido que era contradecir al entrenador y eso no estaba nada bien y daba mal ejemplo para los demás, así que tuvimos que descartar el fútbol como actividad alternativa a los estudios. La versión oficial que se alegó fue que existía un defecto de forma que no convenía al resto del equipo, muy correcto. Así que transcurrido un tiempo empecé a seleccionar mis aficiones.

Hubo una anécdota dentro de todo el conjunto de actividades ociosas en mi época escolar que fue determinante para empezar a diferenciar y reconocer como grupo social marginado a los de mi condición.

Todo ocurrió cuando tenía doce años y como antes he contado, por defecto, en mi selección de actividades o aficiones, inicié el aprendizaje del juego del ajedrez, aprovechando unas competiciones escolares que se acababan de implantar como novedad en los colegios, que en aquellos tiempos estaban popularizandose en nuestra sociedad gracias a unos jugadores rusos llamados karpof y casparof que eran noticia permanente por su constante rivalidad.

En el colegio en el que estudiaba por aquel tiempo se organizaban torneos por grupos y categorías que competían entre sí, luego con otros colegios y poco a poco hasta participar en competiciones regionales, nacionales e internacionales, eso sí, siempre por grupos para hacerlo más interesante.

El grupo en el que yo jugaba fue pasando de un torneo a otro consiguiendo salir siempre victoriosos. Así un torneo tras otro hasta llegar al preciado torneo nacional de ajedrez, cabe decir que gracias a mi inestimable ayuda, pues era yo el único de mi grupo que no había perdido una sola partida, del cuál saldría el que representaría a nuestro país para competir en un tornero internacional enfrentandose así al mejor de cada país, por categorías, claro.

Aquello lo recuerdo con un cierto sabor agridulce, pues tras haber pasado varias crivas en campeonatos y estando yo en la cabecera del grupo, era el último encuentro nacional y de allí saldría el elegido. Recuerdo aquel día como si fuera ayer. Competíamos cinco por grupo y ganaba aquel que conseguía un mínimo de tres partidas de las cinco que se jugaban simultaneamente.

Yo, y no es por alardear, fui el primero en terminar la partida victorioso, como venía ocurriendo desde que empezó la competición. Mi palmarés era excelente. Con gran nerviosismo y emoción observaba el resto de las partidas esperando que mis compañeros no fracasaran.

Otra partida se decantó a nuestro favor y yo cada vez estaba más nervioso, pues una de las condiciones del torneo es que del equipo ganador subiría a recoger el premio y representaría a su país aquél que hubiera conseguido la mejor puntuación del grupo y ese era yo. Aquel podía ser el día más grande de mi vida. De pronto se escuchó un grito juvenil que inundó toda la sala y seguidamente una gran ovación, sí, sí, sí. habíamos

ganado. Mi corazón me iba a estallar de emoción y alegría, me puse a dar vueltas sin saber que hacer. El nerviosismo me podía y del mismo me entraron unas ganas enormes de hacer pipí, así que me excusé y fui al baño.

Mientras estaba concentrado en un pis que se antojaba interminable noté como de pronto el rumor de la sala se apagó sin más y yo que tenía que subir al escenario estaba todavía soltando lastre en forma de chorro interminable. Una voz sonaba a través de megafonía. Yo pensaba que me estarían llamando y apretaba para terminar cuanto antes, y sonaban aplausos, los cuales hacían resurgir ciertos temores en mí, y luego sonaban aplausos y vítores y este chorro no paraba nunca. Tenía que hacer algo, y lo hice, las gotas se quedaron al final en el pantalón. Me apresuré a salir medio compuesto y con la camisa sutilmente desarreglada para disimular el íntimo incidente. Apresurado me dirigí a la puerta de salida de los aseos y para mi sorpresa allí estaba el director del colegio que se plantó delante mío como queriendo interrumpirme el paso adrede, sabía que era él por sus horrorosos zapatos de piel de cocodrilo y comenzó a decirme con voz lastimera mientras de fondo se escuchaba como anunciaban que iba a subir al escenario a recoger el premio un compañero de grupo que finalmente representaría a nuestro país, Cabizbasky, debes entenderlo, no es nada personal, la asociación de colegios me ha presionado, tú y yo sabemos que estos honores te corresponden a tí bla bla bla que esto en realidad carece de importancia y que mañana nos iremos bla bla bla. Nuevamente una cuestión de estética, me dió a entender el muy capullo, y todo porque a la hora de decir unas palabritas a los asistentes quedaba mal que no levantara la cabeza y sonriera mientras me hacían la foto que pasaría de la prensa a la vitrina del colegio.

El seguía hablando en esa línea de consuelo para conformarme, mientras yo permanecía callado e inmóvil sin acertar a decir nada mientras de fondo se oía al otro compañero de grupo largar su discurso y recoger el premio y los aplausos que a mí me correspondían. Por estética, patética conclusión.

Estaba claro, por mi condición estaba condenado a ser siempre un segundón o a moverme en la sombra y trabajar para que otros recibieran los honores. ¿Ese era el futuro que me esperaba? ¿debería resignarme a mi suerte o por el contrario había llegado el momento de hacerle ver a la sociedad que también tenía los mismos derechos a uso y disfrute en toda su extensión?

Pasaron los años mozos. Unos mejores y otros peores. Digamos que crecía y me formaba como persona y entidad. Hacía amigos, claro, unos más sinceros que otros, y como no, también conocí a los carroñeros que por dinero todo, Ya sabeis. Para mí estaba claro que todo eso formaba parte de un proceso con un fin predeterminado que estaba por llegar.

Conocía a chicas cada vez más bajitas para compensar mi "defecto" y como llegaban se iban. Eran tantos los desengaños amorosos que llegó el momento en el que ya no sufría cuando me dejaban alegando, por lo general, incompatibilidad de caracteres. Otras llegaban incluso a sorprenderme por su romanticismo cuando decían que no podían compartir conmigo la luna que se balanceaba sobre nosotros, pues yo no podía levantar la cabeza y contemplar semejante visión, a pesar de llevar siempre un pequeño espejo destinado a esos momentos, pero claro nuevamente me topaba con la dichosa estética que al parecer desacía el encanto del romanticismo y...

Al llegar a la universidad tenía claro que iba a estudiar. Ciencias humanas, política e ingeniería. Tenía por delante un largo camino de aprendizaje antes de empezar mi particular cruzada y tiempo e intención me sobraba, pues a tenor de lo expuesto no había mucho donde elegir para ocupar mi tiempo libre. Así que decidí emplearme a fondo.

Para ayudarme a pagar los estudios ocupé un puesto en la recepción de la biblioteca, cuya función se limitaba a anotar los libros que entraban y salían y entretanto podía estudiar in situ. Para mi tranquilidad yo en breve me había popularizado por mi excepción y nadie venía a molestarme e invitarme a abandonar los estudios, salvo aquellos que pretendían burlarse de mí tratándome como una atracción de feria a los cuales ignoraba reiteradamente hasta que se aburrían al no verse correspondidos.

Seguían pasando los años, años que pasaron rápidamente en los que mi actividad se limitaba básicamente a estudiar, cumpliendo con rigor un programa previamente establecido. Nada de salidas, nada de fiestas y mucho menos discotecas.

Tan solo de vez en cuando reuniones reservadas a un grupo de amigos íntimos y de mi misma condición. Reuniones en las que tratábamos de pleno los obstáculos sociales y urbanísticos con los que teníamos que enfrentarnos a diario. A veces, en broma, nos comparábamos a los minusválidos, pues cambiando las formas, en número casi coincidíamos como grupo social y en dificultades para desenvolvernos.

Y ese hecho iba haciendo crecer en mí la idea de "grupo social" como entidad y causa para revertir lo que siempre habíamos sido considerado y etiquetado, como defecto físico.

Teníamos que empezar a movilizarnos y luchar por defender un principio, que era lo que primaba por encima de todas las cabezas. Una actitud ante la vida y una reivindicación social.

Nosotros no nacemos con ningún tipo de problema ni tara física. Simplemente, y al contrario que les pasa a otros que van por la vida todo el tiempo mirando hacia arriba, nosotros preferimos por naturaleza ir cabizbajo y pensativo. Sumidos en nuestras reflexiones por una fuerza natural, por un designio incomprensible, hoy.

Recuerdo que cuando era un niño y en el colegio intercambiábamos estampas de héroes, yo siempre me decantaba por los menos populares y marginados, como si de una premonición se tratara. En las fiestas de disfraces mi personaje elegido sin excepción siempre era el superintendente de los dibujos de la pantera rosa, obviamente el más original siempre y no por ello me convertía en el más popular de entre los niños, claro, una cosa no quita la otra.

Y por una extraña inercia siempre buscaba por compañía a los ancianitos que por su edad y experiencia no me veían como una rareza y me trataban como a un igual. Tal vez sea que por su edad la mayoría ya no podían levantar la cabeza o enderezar el espinazo, realidad que descubrí más tarde tras analizarlo en profundidad. Compartíamos la misma perspectiva del mundo, con la diferencia de la experiencia. Y esos ratos de charlas compartidas, mas por parte de ellos, me resultaron muy enriquecedoras a mi corta edad, cuando el resto de los niños se dedicaban a juegos diversos.

CAPITULO II

Se acercaba el final de la etapa universitaria y para mí empezaba una nueva época que denominaremos la del movimiento.

Del día de la graduación no voy a hacer comentario alguno, pero sí del trabajo que estuve desarrollando durante el último año universitario para mi tesis doctoral en humanismo de fin de carrera que vino a suponer el germen de una revolución social bautizada como -EL SINDROME CABIZBASKY-

La tesis abordaba el caso de los cabizbajos como una actitud y no como un problema, concepto éste que debíamos erradicar para empezar a entendernos como a un igual.

Como afrontar las barreras urbanas, sociales y psicológicas que rodean a los de nuestra condición y perspectivas distantes y en común. Evolución y paralelismo humano. Básicamente y ese era mi proyecto universitario, bien expuesto y razonado en profundidad, llegó a obtener varias menciones y premios al poner sobre relieve una realidad social que hasta la presente había pasado desapercibido a los ojos de la humanidad y con mi trabajo empezó a adquirir entidad.

Ese hecho, que incluso a mí me llegó a sorprender, no hizo más que acelerar el proceso dentro de mi proyecto personal de mini revolución social.

Con mi cuenta bancaria sorprendente y repentinamente engordada. Decidí dar un paso de gigantes en mis pretensiones y montar un negocio revolucionario en su tiempo y formas, sin lugar a dudas pionero en su género. Una tienda especializada en artículos para los cabizbajos, o mejor dicho para aquellos que pasaban más tiempo con la cabeza gacha, donde para empezar el letrero publicitario estaría situado en el suelo, contraste radical que definiría la línea de productos que allí se encontraría.

Lavabos con espejos incorporados en la superficie, monitores especiales incorporados en los coches, debajo del volante y conectados a una cámara que se encontraba en el morro del coche y laterales, para conducir sin necesidad de levantar la cabeza, sensores de altura incorporados en complementos de vestir para evitar accidentes innecesarios y genuinos en los de nuestra condición, sombreros y gorras con airbag, de todos los tipos, colores, formas y tamaños. Espejos especiales adaptados en los zapatos para así tener una perspectiva más amplia de nuestro entorno sin necesidad de forzar ningún movimiento brusco de cuello y a su vez podemos mirar a la cara cuando hablamos, y así un largo etcétera de artículos la mar de originales.

Gracias a la rápida aceptación de las tiendas cabizbasky el negocio fue ampliando a modo de franquicias a lo largo de todo el país en casi dos años, cabe decir que al principio ayudó mucho la publicidad que ejercía la curiosidad entre la morbosidad de la población que, oye solo por ser originales son capaces de tirarse en bolas a una colchoneta sin saber si está inflada o no, y quiera que no hasta llegamos a estar de moda durante un tiempo. Algo que no terminaba de convencerme, pero... la causa es la causa.

En cinco años las tiendas cabizbasky habían conseguido extenderse por todo el globo hasta convertirse en un movimiento social, idea celosamente acariciada por mí desde la concepción de la ya mencionada tesis.

Lo mejor estaba por llegar. En cada establecimiento había una trastienda y en ella se organizaban reuniones "clandestinas", así nos gustaba considerarlas porque en algunos países y estados podían ser perseguidas por atentar contra la seguridad nacional. Reuniones en las cuales se daban charlas a los asistentes sobre cómo cambiar los conceptos y ver con normalidad a los de nuestra condición de cabizbajo, y sobre todo conocer nuestros derechos como ciudadanos de primera y cómo hacernos respetar y

cumplir ciertas normativas legales a las cuales podemos aspirar y nos han sido negadas por esa falta de reconocimiento social.

Día a día el movimiento iba creciendo hasta no dejar indiferente a nadie.

Mientras tanto yo me dedicaba a dar conferencias en aquellos países que alertados por lo que estaba ocurriendo decidían alinearse a nosotros, que salvo vagas excepciones, prácticamente la totalidad del planeta coincidía en que éste podía ser aquel elemento que los profetas anunciaban que cambiaría el orden social establecido. No sé si en realidad se trataba del movimiento, pero la incertidumbre actuaba como un aliado circunstancial a nuestra causa.

Por primera vez en la historia del hombre dejamos de ser unos segundones y empezamos a tomar todo el protagonismo.

Así fueron transcurriendo los años siguientes, pero todavía quedaba un hueco en mi interior, como una especie de vacío desolador que se estaba convirtiendo en una suave tortura que poco a poco, conforme iba alcanzando logros, crecía gradualmente.

- Una asignatura pendiente, me autoconvencía para restarle peso, un amor por manifestar, sin acondicionantes.

Yo, más allá de las líneas por mí marcadas, perseguía lo opuesto. Como el yin persigue al yan, oviando que sus existencias solo y por siempre serán paralelas, como una simbiosis, perseguía lo opuesto a mí. Una mujer cuyos sueños estuvieran en las estrellas y allí sus ojos y todo su ser. Como no, tratándose de un inconformista, no podía ser de otra manera, para así poder cerrar el círculo.

El movimiento Cabizbasky había llegado a su máximo esplendor social. Había cumplido los cincuenta años desde mi nacimiento y casi la mitad de insesante lucha liderando el movimiento. Los políticos mundiales lo fueron absorbiendo e incorporando a sus campañas electorales, porque no había duda de que heramos muchos los votos que estaban en juego, y a estas alturas nuestras reivindicaciones no podían caer en saco roto, y poco a poco el reflejo de las mismas se iban reflejando en la calle. Esto es lo que el movimiento necesitaba. Reconocimiento parlamentario y concesiones políticas.

Primero fué un concejal, luego un diputado y más tarde un ministro para los intereses de la causa y así hasta gobernar regiones, y como no, estados y países calleron bajo el dominio de los cabizbasky.

Un sueño hecho realidad y vivía para disfrutarlo, pero yo ícada vez más y cada día se me hacía más difícil el disimular el peso de mi soledad.

CAPITULO III

El movimiento había nacido fruto de la inquietud de un soñador inconformista necesitado de reconocimiento. Había crecido y madurado, y como todo hijo que alcanza la madurez, pedía su independencia, su emancipación. Debía seguir solo el camino que le quedara por andar, sin la tutela de su creador. Y eso es lo que en los últimos tiempos sentía en mi interior. Un hijo que cada vez era menos mío y que ya iba siendo hora de dejarlo volar "libre". Lo cual me hacía sentir más solo, aún si cabe, y por primera vez en mi vida perdido y desorientado, sin rumbo. ¿ Que iba a ser ahora de mí?. Me preguntaba dentro de mi singular tormento existencial. ¿ Que futuro le esperaba a un hombre que envejece solo y cuyo único hijo no le ha dado nietos?. ¿ Que sentido tiene mi existencia ahora que me he quedado solo?, con mi único sueño estirpado por necesidad.

Me sentía como un lastre. Y la simple idea de una residencia para la tercera edad, singular metáfora, me hacía morir aún más.

Nunca, nunca había reflexionado tanto sobre el sentido de mi existencia, principio y fin, como lo hacía en estos días. Y cuanto más lo pensaba más moría en mi interior.

Ciertamente, y aunque me negara a reconocerlo, algo me estaba pasando y el ambiente en mi entorno estaba cada vez más enrarecido y mi mutismo lo tensaba aún más.

Decir que tuve que tomar una decisión sería mentir, por primera vez, y tampoco podría soportarlo. Más bien la decisión llevaba tiempo gestándose y yo, cobarde irreconocible, uía constantemente de ella.

Por fin llegó el día. El día en el que mi alma inició el lento camino al descanso eterno, como los elefantes lo hacen cuando intuyen el final de sus días y emprende su última migración.

Esa mañana desperté con las fuerzas que siempre me habían caracterizado. Convoqué un desayuno de trabajo en la sede del movimiento, un gran edificio con múltiples oficinas donde se gestaba el sumun de la ideología cabizbasky, con todos mis lugar tenientes y asesores.

Muy escuetamente y con la sinceridad que siempre me ha avalado, comuniqué a todos los convocados mi inminente retiro, definitivo y del modo más radical posible.

Lo razoné y lo entendieron, claro con algunas reticencias pero con sumisión. Al fin y al cabo yo, siempre, en mis decisiones, tenía la última palabra. Por razones de salud, alegé. Y bien cierto que era, aunque no muy convincente el argumento. Ya intuían algo. Me conocían mejor de lo imaginaba. Para apostillar les hice comprender que el movimiento dejó de ser tal hace años y pasó a ser una realidad social. Un grupo social más plenamente adaptado y con todo su reconocimiento y entidad humano-social independiente, y por lo tanto mi labor había concluido como precursor del movimiento y tenía que dejar paso a las nuevas ordas ideológicas, y sin mostrar ninguna reminiscencia contraria a mi filosofía. Como tenía que ser y tras terminar mi exposición sobre mis prontas intenciones, sali de la sala de conferencias, solo, con las manos en los bolsillos, cabizbajo y pensativo, para iniciar mi última andadura hacia el declive de mi existencia.

El resto de mis días, cortos y contados, los dediqué a pasear, como caracteriza a los de mi género, reflexivo, sobre todo. Intentando de encontrar sentido al vacío emocional, ese, mi eterno acompañante. Como si de una sombra que con la caída del sol creciera cada segundo un poco más, cada minuto, cada instante de su tortuosa compañía.

Lo que queda por contar es ya historia. Una historia popular que igual ya conoceis. Mi vida se fué apagando como una vela que arde con el consuelo de dejar la huella de lo que durante un instante fué.

El día de mi desaparición se consideró como una gran pérdida para la humanidad, y mi entierro un evento que movilizó a todo el planeta. Se movilizaron cientos de miles de personas. Se fletaron todo tipo de transportes, por tierra, mar y aire, de todas partes del mundo, y aquellos que por circunstancias no pudieron acceder a ninguno de los cedidos por los gobiernos, marcharon cientos de kilómetros a pié para poder darme su último adiós. He de reconocer, que salvando las distancias, fué el día más emotivo de mi vida. Y como no, para citarme a mí mismodecir que:

-A toda circunstancia siempre se le recuerda lo que sobresale como anecdótico. Y La aneodota para el recuerdo, que hoy desde la distancia que nos separa, la recuerdo con humor.

¡Ay! los hombres, por siempre imperfectos. Adoráblemente imperfectos.

Para el lugar de mi descanso definitivo encargaron una placa de bronce donde imprimieron una leyenda narrando mi vida y obra. Esta placa se colocó sobre una losa de mármol situada a su vez a los pies de una columna de granito sobre la cual colocaron un busto de mi persona modelado y fundido en bronce, obra que encargaron a un renombrado escultor local. He de reconocer que salí bastante favorecido. Bueno la anécdota fué que el busto lo colocaron a dos metros y medio de altura. Lugar que me situaba paradójicamente por encima de los allí presente, gran fallo, pues como podeis imaginar la gran mayoría de los que hasta allí se desplazaron ese día no pudieron contemplar mi imagen inmortalizada.

Nota: Ese error lo corrigieron días más tarde colocando un sobrerrelieve al pié de la columna, junto a la placa con la leyenda. Y la columna, como hera bien bonito y sobresalía notoriamente la dejaron como referencia del lugar del manumento, para pderlo uvicar desde lejos.

Aún queda un último detalle por añadir, singular, pero importante en el conjunto de las circunstancias finales, y lo mejor será contarlo tal y como ocurrió.

Una mañana en el día de todos los santos, soleada. Un hombre de avanzada edad contemplaba el monumento. Un niño que acompañaba a su madre, con otro fin distinto, se le acerca sin decir nada, con la curiosidad carasteristica en un crio, y tras mirarlo fijamente, como si se lo llevara el diablo hecha a correr despavorido hacia donde se encuentra su madre, gritando, mamá es él, mamá es él, y así insesantemente hasta alcanzar a estar donde su madre, que lo tranquiliza, como solo una madre sabe hacerlo, y le acompaña la lugar donde el niño decía haber visto aquello que le causó tal estado de exitación. Al llegar al monumento de Cabizbasky, donde se encontraba nuestro personaje, con voz más relajada le volvió a decir a la madre aque el hombre que allí se encontraba de pié hera como el de la escultura. Ella, con disimulo, se acerco a él para observarlo.

-Ciertamente el parecido es sorprendente. Pensó.

Cuando el señor mayor salió de su abstracción volvió la cabeza, inclinada, hacia ellos y con un todo de voz que inspiraba una inusitada confianza le dijo al muchacho.

- Hijo cabizbasky somos todos. En el fondo todos rebamos un revolucionario en nuestro interior.

Sonrió y con la mismma tranquilidad con la que les dijo aquello, inició su marcha, con las manos en los bolsillos, cobizbajo y pensativo.

-Hay que reconocer que los "pupilos" ideologicos supieron sacar provecho de la marcha del creador del movimiento al finjir su muerte. Golpe de efecto que consiguióel impacto social esperado por los precursores del mismo. Dar el espaldarazo definitivo al movimiento con la aprovación de los millones de personas que manifestaron su solidaridad en la masiva peregrinación.

FIN